Ken Appledorn

# De DETROIT a TRIANA

Prólogo de Jorge Cadaval

mr

Ken Appledorn

# De Detroit a Triana

mr̄

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

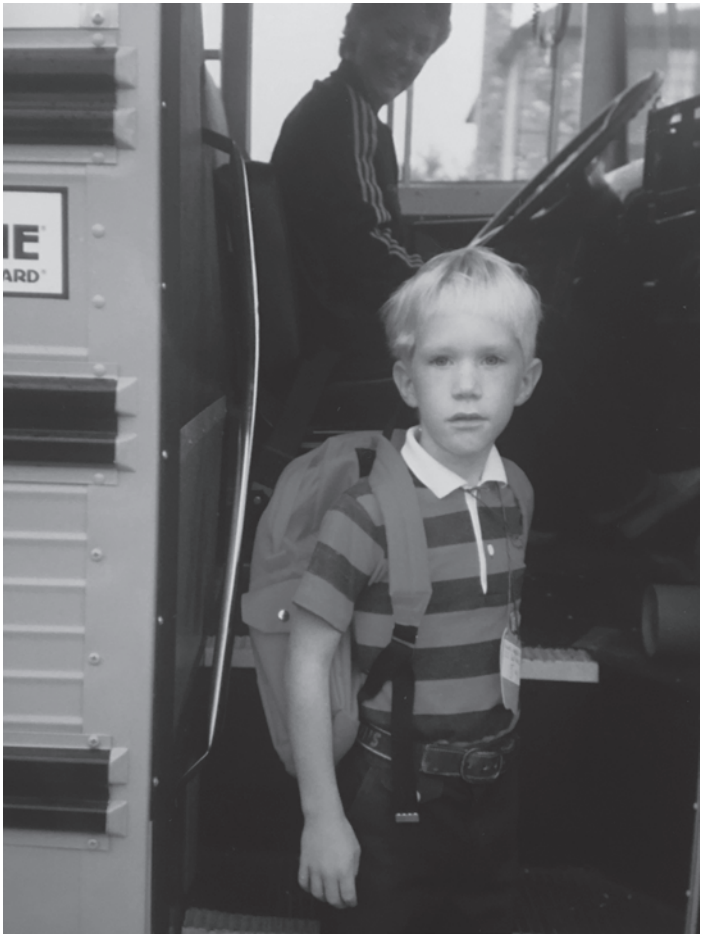
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2017, Ken Appledorn
© por el prólogo, Jorge Cadaval
© por la edición, Borja Echevarría
© fotos de interior, cortesía del autor
© 2017, Editorial Planeta, S.A.
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: mayo de 2017
ISBN: 978-84-270-4306-0
Depósito legal: B. 6.885-2017
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Unigraf, S. L.

*Impreso en España-Printed in Spain*

# 1

# Despertando



—Hola, yo soy Ken, encantado.

—¿Cómo has dicho? ¿Ken? ¿Como el de la Barbie?

—Jeje, sí, como el marido de la Barbie.

—Qué gracioso. Oye, Ken, ¿y de dónde eres?

—De Troy.

—Ah, de Detroit.

—No, no, de Troy, TROY.

—Detroit, sí.

—Que no..., bueno, sí, soy de Detroit.

Les voy a pedir un favor, vuelvan a leer la conversación anterior poniéndole al primer interlocutor un cerrado acento yanqui, y al segundo, un simpático deje andaluz. ¿Ya? Pues ese ha sido uno de los diálogos con los que más tuve que lidiar durante mis primeros meses en Sevilla. Eso sí, hace ya tiempo que cada vez que me preguntan por mi procedencia, les digo que soy de Michigan.

Y es que mi ciudad, en la que nací, crecí y en la que aún vive mi familia, se llama Troy. Tal como suena, Troy. Y sí, está a pocos kilómetros de la famosa ciudad de Detroit, pero poco o nada tienen que ver. Para que se sitúen, todo esto de lo que les hablo está en el estado de Michigan, al norte de los Estados Unidos, ya haciendo frontera con Canadá. O sea, muy, muy al norte.

Troy es la clásica ciudad americana encantadora, residencial, de no más de ochenta mil habitantes. Métanse en Google Imágenes y escriban «Troy Michigan houses», y se harán una idea de a lo que me refiero. Casas familiares medianas y grandes, una detrás de otra, separadas por amplios jardines, cuidados y sin vallar (nunca entendí la obsesión que hay en España por amurallar y poner verjas y alarmas a las parcelas de las casas), bosques rodeando las urbanizaciones y sobre todo mucha paz y tranquilidad. Lo habrán visto cientos de veces en las series y películas americanas. Viene a ser justo lo opuesto a lo que evoca la ciudad de Detroit. Si Troy fuera la Springfield de *Los Simpson*, Detroit sería entonces un decorado de *The Walking Dead*. Decadencia, violencia, corrupción, racismo..., ríanse de la crisis que ha pasado España estos últimos años. Para que tengan alguna referencia, de casi dos millones de habitantes que tuvo la ciudad, apenas quedan ahora setecientos mil. Llegó a ser la cuarta

ciudad más importante del país en los años cincuenta y fue la sede de la General Motors, de la Ford y de Chrysler. Tuvo hasta veinticinco fábricas de coches entre los años 1945 y 1957. Y todo, todo se fue al garete.

El Detroit que yo conocí en los años ochenta, siendo un niño, era como el que aparece en la película *Robocop*. Aquello era el mismísimo Apocalipsis reconvertido en ciudad. Aún recuerdo el día que nuestra madre nos llevó en coche hasta el centro de la ciudad a mis tres hermanos y a mí para que conociéramos la que fue su casa familiar, un fantástico caserón de los años cincuenta del que tanto nos habían hablado.

—Pues esta era nuestra casa. Es impresionante, ¿no? —nos dijo nuestra madre cuando nos plantó delante del edificio. Entre los cuatro hermanos se hizo un silencio sepulcral, bastante incómodo—. ¿Impresionante, no? ¿Eh? ¿Eh, chicos? —insistió.

No sabíamos qué contestar. Lo que teníamos delante era como la casa de los Monsters *okupada* por *homeless* y punkis. Mi madre, sin perder el entusiasmo, nos explicó con todo detalle la historia de lo que había sido su hogar, cuál era su habitación, cómo era el jardín antaño... Estaba claro que donde ella veía una casa, nosotros solo veíamos un edificio putrefacto que podía venirse abajo cualquier día. De hecho, no sabría decir si la fachada era de piedra o

de ladrillo porque estaba absolutamente forrada de grafitis. Uno de ellos, enorme, decía «*cocaine*». Sobre los personajes que entraban y salían por la puerta principal prefiero no opinar para no ganarme la denuncia de ninguna asociación.

—Si pudiera meterme en una máquina del tiempo, viajaría otra vez al Detroit de mi juventud, cuando la música de Aretha Franklin, las Supremes, Stevie Wonder y los Jackson 5 sonaba por todas partes.

Algo mágico tuvo que tener aquella ciudad porque siempre que veo tristona a mi madre le pregunto por el Detroit de su época y al momento le pone una sonrisa de oreja a oreja. Y me cuenta las mismas anécdotas.

Como decía, Troy está en el estado de Michigan, que solo él ocupa como la mitad de toda España. En Estados Unidos nos gusta hacer las cosas a lo grande, como a los de Bilbao. El clima es bastante puñetero, por no decir extremo, con unos cambios de estaciones salvajes. La primavera y el otoño son preciosos, con todos los bosques de la zona sacando unos coloridos que parecen el salvapantallas de un ordenador. En verano las temperaturas se vienen arriba y tenemos semanas de más de treinta grados, casi, casi como en Sevilla. Pero lo gordo llega a partir de noviembre, cuando se nos echa el invierno encima y no levantamos cabeza hasta el mes de abril. Kilos y kilos de nieve, un viento helador y temperaturas

de hasta veinte grados bajo cero. Tal es el frío que manejamos algunos meses que muchas veces utilizamos el garaje de casa como nevera.

Los inviernos que recuerdo de niño son de carreras en trineos, guerras de bolas de nieve sin piedad y sobre todo largas y largas y largas y larguísimas tardes encerrados en casa, con la chimenea y la Nintendo echando humo. Insisto, veinte bajo cero. Lógico que por entonces uno escogiera a sus amigos no porque te cayeran mejor o peor, sino porque tuvieran tal o cual videojuego. Esencial era tener el Mario Bros, el Zelda y el Donkey Kong. Si no, olvídate de amistades. Esto funcionaba así.

En primavera, en cuanto asomaban dos rayos de sol, el paisaje se deshelaba y corríamos todos a coger las bicis. Nos perdíamos en los bosques para ver animales, ranas, insectos raros, salamandras... y sobre todo ardillas, que estaban desperdigadas por todas partes. Fue otra de las cosas que me extrañaron al llegar a Sevilla, no encontrar ardillas correteando por los parques. Enseguida vi que en España se estilaban más las palomas grisáceas. Todo esto de vivir junto al bosque y estar rodeado de animales puede parecer muy idílico, y en parte lo es, pero a menudo se convertía en un problema por culpa de las invasiones hostiles a las casas. De entre todas, había una especie animal especialmente temida.

Un día cualquiera de invierno, yo jugando al Mario Bros en el salón. De pronto mi padre cruza el salón refunfuñando.

—Papá, ¿qué haces con esa jaula?

—Voy al desván.

—¿Al desván? ¿A qué?

—Esos pequeños cabrones nos han vuelto a invadir.

«Esos pequeños cabrones» eran los mapaches, que, como decía mi padre, son unos cabrones con pinta de simpáticos que rapiñan todo lo que encuentran a su paso. Y si te despistabas un poco, entraban a tu habitación y te robaban hasta el pasaporte de la mesita de noche. Creedme que esos seres poco tienen que ver con el amigo de Pocahontas y otras simpáticas apariciones en películas de Disney.

Nuestra casa, situada en la urbanización The Hills of Charnwood, es preciosa. Sé que está mal que yo lo diga, pero dudo que nadie opine lo contrario. La fachada es sencilla, de ladrillo, y por dentro es toda de madera, con moqueta en el suelo. Esta combinación, en un invierno de muchos grados bajo cero, supone un confort máximo. Eso sí, la casa tenía sus reglas de convivencia inapelables, concretamente dos. La primera era descalzarse al entrar por la puerta. Antes dormir en el jardín a la intemperie que pasar con las botas llenas de barro y pisar la moqueta. Ahí se jugaba uno la cadena perpetua en su cuarto por muchos fines de semana. La segunda

regla era la hora de la cena. Todos los días, a las seis en punto de la tarde, ni un minuto antes ni un minuto después, mis tres hermanos y yo estábamos sentados a la mesa. Recuerdo una vez que estaba yo en casa de un vecino a punto de pasarme la última pantalla del «Sonic the Hedgehog» o «Sonic el Erizo» (creo que se llama así en español) cuando me di cuenta de que eran las seis menos cinco. Tal cual dejé el mando y me fui corriendo a casa cruzando los jardines de la urbanización como si fuera Forrest Gump con un cohete en el culo. Los vecinos se pensaron que era un chiflado demente. Con razón. Mejor eso que la cadena perpetua.

A menudo intento acordarme de mis primeros recuerdos (valga la redundancia), pero me he dado cuenta de que poseo una memoria lamentablemente inútil. Soy muy torpe a la hora de reordenar en mi cabeza acontecimientos del pasado. Es como si tuviera un cajón de sastre con todo mezclado. Lo mismo hago un esfuerzo por intentar acordarme de mi primer día de colegio en 1984 y mi cerebro me teletransporta al último capítulo de *Juego de tronos* que vi anoche. Soy incapaz de retener los momentos que... ¡Espera! ¡Un momento! Me está viniendo ahora a la cabeza una historia de cuando yo era muy chico. No sé calcular la edad que tendría, no más de tres años. Fuimos toda la familia en coche hasta un hotel no muy lejos de casa. Un hotel chulísimo,

como lujoso, con una fachada que recordaba a la Casa Blanca. Por dentro todo eran sofás de cuero, mármol en blanco y negro, jarrones gigantes con flores por todas las esquinas... y unos empleados majísimos que me daban caramelos de frambuesa. Lo siguiente que puedo recordar es una sala llena de gente mayor, elegante, charlando mientras mis hermanos y yo jugábamos al escondite y corríamos de punta a punta. Hasta que uno de mis hermanos mayores gritó algo y todo el mundo se calló de golpe. Mi madre nos pilló a los cuatro por banda y nos confesó qué estábamos haciendo en aquel lugar tan raro. Era el funeral de la abuela, la madre de mi padre, y aquel hotel donde nosotros jugábamos al escondite era el tanatorio de la zona. Manda narices que el primer recuerdo que consiga rescatar mi mente sea el de un funeral. Por cierto, que el tanatorio de Troy se llama A. J. Desmond and Sons Funeral Home. ¡Toma ya, qué clase!

Mi padre se hizo cargo de nosotros y nos llevó hasta la zona donde estaba el ataúd de la abuela. Trató de explicarnos la situación con el mayor tacto posible. Se lo pensó unos segundos y nos dijo:

—Esa que veis allí es la abuelita y ahora está durmiéndose.

—¡Es Blancanieves! —grité yo, señalando con el dedo el ataúd y llamando la atención de medio tanatorio.

La gente se acercaba y se arrodillaba delante de la abuela. Algunos rezaban cosas que no entendíamos. Otros se abrazaban entre ellos durante un buen rato. Todo resultaba bastante extraño para un niño de tres años. Al rato nos llevaron en coche hasta el cementerio, y allí fue cuando yo la terminé de liar. Después de que un sacerdote leyera algún pasaje de la Biblia, empezaron a bajar el ataúd hasta el fondo de una fosa enorme con unas cuerdas, mientras todos miraban, serios, sin hacer nada. Y seguían bajándolo y bajándolo... Y entonces volví a intervenir sin escrúpulos: «¡Qué hacéis con la abuela, que está durmiendo!». Acto seguido, intenté saltar al agujero con la suerte de que mi padre anduvo rápido de reflejos y me interceptó al vuelo. Y ya no recuerdo mucho más. Imagino que todo acabaría como acaban siempre estas cosas, por lo menos en Estados Unidos, con una protocolaria merienda en casa para la familia y los amigos.

Bueno, es hora ya de que os presente formalmente a mi familia. Empezaré, como debe ser, por mi madre, Marlene Marie. Americana de pura cepa, de pies a cabeza. Como dirían en España, de Michigan de toda la vida. Y más católica que el papa Francisco. Tanto es así que fue monja en los años sesenta. ¡Mi madre! ¡Monja! Según cuenta, ella sola tomó la decisión de entrar en un convento de Wisconsin cuando apenas tenía veinte años. Aún hoy está or-

gullosísima de ello, porque piensa que si no hubiera entrado allí, se habría apuntado a la moda del momento de fumar marihuana o de probar las drogas psicodélicas en algún festival de hippies. Con el tiempo ya se pensó dos veces lo de pasar el resto de su vida encerrada entre cuatro paredes y optó por salir del convento. Se hizo profesora de literatura y poco después conoció a mi padre y se casó con él.

Claramente, fue por influencia de mi madre que en casa tuviéramos una educación católica clásica, muy familiar. Cada domingo íbamos religiosamente, la familia al completo, a la iglesia católica de Troy, la St. Elizabeth Ann Seton, un templo moderno construido en honor a la primera santa americana de la Iglesia católica. Sobre las ocho de la mañana salíamos de casa hacia la parroquia, madrugábamos como si fuéramos al colegio o más, y claro, hacerle eso a un niño un domingo no solo no molaba nada, sino que te jugabas que el pequeño le cogiera manía desde muy pronto a los curas y a sus interminables misas. Pero hasta tal punto llegaban las convicciones religiosas de mi madre que logró convencer a mi padre para que se convirtiera al catolicismo y dejara de lado la Dutch Christian Reformed, que le parecía como una iglesia de segunda división. Había que ver a mi padre, todo un señor, haciendo la confirmación católica con casi cuarenta años. Desde entonces quedó bien claro quién mandaba en mi casa.

Como a cualquier niño, a mí no me divertía nada tener que ir a la iglesia los domingos porque allí básicamente me aburría como una ostra. Lo que quería era quedarme en casa viendo los dibujos animados como la mayoría de mis amigos. Pero esa opción ni se me ocurría plantearla en casa, el domingo era el día del Señor y se iba a la iglesia y punto pelota. He de reconocer que había una cosa que sí me gustaba de las misas: las canciones. Las misas en Estados Unidos suelen ser más divertidas que las españolas, más alegres, más musicales. Imagino que tendrá que ver con el sentido del *show* que llevamos los americanos en la sangre. Las veces que he acudido en España a una misa, casi todo me ha resultado más tristón, grisáceo, incluso algo tétrico.

Además de cantar, a lo que nos dedicábamos mis hermanos y yo durante toda la ceremonia era a darnos collejas a escondidas de mis padres. Y bien que nos zurrábamos. Al ser yo el hermano pequeño, más que darlas, las recibía a pares, y lo malo era que no podía protestar, porque la recompensa de tener que ir a misa era que nuestros padres nos llevaban a la salida a desayunar al Pancake House o a Denny's, donde nos poníamos tibios a tortitas y gofres. No era como estar en casa en pijama viendo *El inspector Gadget*, pero a nadie le amargaba una sobredosis de dulce.

Aparte de que acudiéramos puntuales cada domingo a la iglesia, otro de los objetivos vitales de

nuestra santa madre era que los cuatro hermanos, cuando llegara el momento, fuéramos a la universidad. Eso y que ahorráramos todo el rato, sin parar, como el Tío Gilito. Cada dólar que consiguiéramos, a la hucha, el futuro era más importante que el presente. Siempre nos inculcaron ese espíritu tan norteamericano del esfuerzo y el sacrificio, tanto te esfuerzas, tanto ganarás. ¿Quieres comprarte un coche cuando cumplas los dieciséis? Pues empieza a ahorrar desde ya, chaval. ¿Cómo dices? ¿Que quieres estudiar un máster de no sé qué movida cuando termines la carrera? Jajaja, perfecto, pues sigue ahorrando. «Las cosas cuestan dinero y ganar ese dinero cuesta mucho esfuerzo», fue una frase muy pronunciada por mis padres. Parecían un poco como aquel profesor de la serie *Fama*. Pero dicho y hecho, me tiré tres años repartiendo periódicos gratuitos por todo el vecindario los martes y jueves por la tarde a la salida del cole, a cambio de la voluntad de los vecinos. Y los fines de semana me acercaba al Oakland Hills Club, uno de los clubes de golf más pijos de Estados Unidos, a limpiarle los zapatos a los socios por cinco dólares. No gasté ni un solo dólar de lo que gané aquellos años.

El día que cumplí los dieciséis rompí la hucha y me fui a un concesionario cercano. Me llegó justo para comprarme un coche modelo Saturn por tres mil dólares. No me lo podía creer. Yo, el pequeño

Kenny, con un coche para mí solo. *Oh, my God!* Acababa de cumplir uno de los sueños de todo adolescente americano, ya podría llegar en coche al instituto con las ventanas bajadas y con la música a toda hostia. Era la persona más feliz, cuanto menos, del estado de Michigan. Bien, pues ni un año me duró el coche. Una mañana soleada de abril, en pleno deshielo, me dirigía yo hacia clase tan feliz, con la música a todo volumen, cuando pisé un poco el freno y el vehículo salió descontrolado como Goofy patinando sobre hielo. Me estampé contra un árbol centenario que había justo enfrente de la puerta principal del instituto. El árbol quedó casi intacto, apenas cayeron algunas hojas por el impacto, pero mi Saturn de tres mil dólares, casi siniestro total. ¡PAM! Todo lo que había construido a base de trabajar y ahorrar durante años se acababa de desmoronar en cuestión de segundos. No sé si me dolió más el golpe o ver la sonrisilla de más de un compañero de clase cuando vino la grúa y se llevó el coche delante de todo el mundo.

Tras la multa de la policía, la previsible bronca en casa y algún lloriqueo que otro por mi parte, mi padre se apiadó de mí y decidió pagarme el arreglo. Sacó la chequera y apuntó la cifra exacta que me habían dado los del taller. Quería llorar de la emoción. Nada más darme el cheque, cogió un post-it y apuntó la misma cifra en él. Lo pegó en mi escrito-

rio. «A partir de hoy tienes dos años para devolverme el dinero. Ya sabes que las cosas cuestan dinero y ganarlo cuesta mucho esfuerzo». Al día siguiente entré a trabajar en una cafetería vendiendo *bagels*. No conseguí pagar esa deuda hasta muchos años después y, cuando lo hice, mi padre no quiso ingresar el cheque que le di.

Mi padre se llamaba Robert Appledorn y tuvo una historia familiar bastante curiosa. Sus antepasados eran europeos, holandeses concretamente, y cuando mi bisabuelo emigró a los Estados Unidos le preguntaron en la aduana americana por su apellido. Como el pobre señor no entendía ni papa de inglés, debió de contestar «Apeldoorn», que era la ciudad holandesa de la que venía, pensando que le preguntaban por su procedencia. Así que de golpe todos sus descendientes pasamos a apellidarnos Apeldoorn para siempre. Por supuesto, en la aduana «americanizaron» la palabreja y pasó a escribirse Appledorn.

Papá trabajó toda su vida para la industria de la electricidad. Era un genio haciendo contratos y le llamaban para que negociara con grandes empresas, como por ejemplo los clubes deportivos. Y eso molaba mucho porque siempre nos regalaban invitaciones VIP para ir a ver a los Detroit Tigers, a los Red Wings o a los Detroit Pistons. Ver ganar a los Pistons varios campeonatos de la NBA cuando era un cha-

val fue la chorra, con perdón. Por entonces Isaiah Thomas era como el Messi americano. Pero lo que más nos flipaba de ir al estadio era la cantidad de comida basura que comíamos en los palcos, *pop corn, hot dogs*, nachos... Por cierto, que yo siempre pensé que los nachos eran una comida española hasta que llegué a Sevilla y los pedí como tapa en un bar y casi me echan a gorrazos. Nunca entenderé por qué en los estadios de fútbol españoles no venden todas estas cosas, apenas puedes comprar bocadillos cutres, secos y muy caros. Poca visión empresarial hay en los campos de primera división.

Me flipaba ir al estadio con la cara pintada y con el guante ese gigantesco, como el que suele llevar Homer Simpson. En el descanso solía bailar a lo loco para ver si las cámaras me enfocaban y salía por la pantalla jumbotrón. Posiblemente naciera ahí mi afición a bailar, a hacer el tonto y a intentar salir por la tele. Por supuesto, nunca me sacaron. Al realizador y a la audiencia en general les molaban más las chicas con escote. Siempre me gustó mucho la sensación de participar de una afición, la que fuera, aunque no me entusiasmase el deporte concreto. Ir vestidos con los mismos colores, cantar todos juntos a grito pelado, abrazarse en los momentos importantes... Por ello, al poco de vivir en España me hice socio (pido perdón desde ya a los seguidores del Betis, a los cuales adoro) del Sevilla F. C. Me chifla el

fútbol, la liga española y la Champions, pero nunca entenderé por qué en Europa muchas veces la afición al fútbol va tan unida a la violencia. Mira que en Estados Unidos hay rivalidades históricas entre equipos de la misma ciudad, pues casi nunca verás una pelea entre aficionados. Ni en los estadios ni en la calle ni en los bares. En el fondo, todo el mundo es consciente de que aquello no deja de ser un juego, un puñetero *show* deportivo que sirve para desfogarse y pasarlo bien. Y para que algunos ganen muchísimo dinero con el negocio, pero jamás será una excusa para partirte la cara con tu vecino. Se da una situación impensable en Europa: en los estadios de Estados Unidos dejan que se beba alcohol durante la primera mitad o los tres cuartos del partido.

Vale, me he vuelto a dispersar otra vez. Os voy a presentar a mis hermanos: Bob, Dan y Tom. Yo soy el pequeño de los cuatro. Y nos sacamos apenas un año entre nosotros. Tras el nacimiento de Bob, mi madre se empeñó en tener una niña y no paró hasta... hasta que nací yo y tiró la toalla. Robert, Bob, Bobby. Daniel, Dan, Danny. Tomas, Tom, Tommy. Kenneth, Ken, Kenny. Si os fijáis, los cuatro nombres de los hermanos se pueden escribir abreviados y en diminutivo. Esto estaba bien porque cuando mi madre pronunciaba nuestro nombre, ya sabías cuál era su estado de ánimo. Lo habitual era que a mí me llamara Ken. Si me llamaba Kenny, era buena señal, es-

taba cariñosa. Pero pobre de mí si escuchaba por el pasillo a mi madre llamándome «Kenneth». Me echaba a temblar. Si me lo llamaba mi padre, directamente abría la ventana y me lanzaba a los setos del jardín.

Una de las razones por la que los cuatro hermanos siempre estuvimos muy unidos fueron las vacaciones familiares. Me explico. Mientras el resto de nuestros amigos y vecinos se iban de viaje como una familia «normal», en coche, en avión, a un hotel, un apartamento..., los Appledorn nos íbamos de vacaciones en *roulotte* o caravana. Y a dormir a un camping. Y claro, dormir los cuatro hermanos en una *roulotte* o caravana de tres metros cuadrados pues une mucho, por cojones, además. No nos quedaba otra que llevarnos bien y organizar aquello como si fuera un Tetris viviente. Mi padre no escatimaba en horas de viaje por carretera y si nos había prometido llevarnos a Disneylandia, nos cruzábamos el país de punta a punta parando solo a repostar gasolina y a hacer pis el tiempo justo y necesario. Aquello sí que eran *road movies*. Siempre con banda sonora de Johnny Cash, por supuesto.

La relación con mis hermanos siempre fue genial. Como el pequeño que era, siempre sentí hacia ellos una mezcla entre admiración y envidia relativamente sana. Mis hermanos son, por ejemplo, los culpables de la primera afición que tuve en mi vida:

llorar. Llorar todo el tiempo. Por cualquier cosa. Por todo. El mecanismo solía ser muy sencillo: ellos me hacían rabiar y yo directamente lloraba, ni me molestaba en defenderme. Era una auténtica máquina del llanto, de ahí que mi primer apodo fuera Motor Mouth, porque lo único que hacía era berrear y preguntar cosas sin parar. Vamos, que daba el coñazo cosa fina.

Al final, me pasó como al tipo ese del cuento español del lobo, que de tanto quejarme y chivarme ya nadie me creyó. El día que cumplí seis años estaban todos los vecinos invitados a una fiesta en el jardín de mi casa, yo era el centro de atención y para ir de guay trepé hasta lo alto de un columpio con no sé qué intención. Por supuesto, me caí de cabeza al suelo como un saco de arena. ¡Pum! ¿Qué hice a continuación? ¿Levantarme y volver a trepar? ¿Fingir que no me había hecho daño? En absoluto. Me levanté y me fui corriendo donde los mayores, llorando como una niña a la que le acaban de decapitar a todas sus muñecas. Los amigos de mis padres estaban en mitad de una agradable barbacoa mientras se ponía el sol y directamente ni me miraron a la cara. Y yo venga a llorar, y a llorar, y a llorar... Así hasta que dieron las nueve, los invitados se marcharon (posiblemente al borde del ataque de nervios) y mis padres nos mandaron a los cuatro hermanos a la cama. Y yo venga a llorar. A eso de la medianoche,

mi madre irrumpió en mi habitación como el Demonio de Tasmania y me preguntó que qué coño me pasaba. Algo debió de ver en mi mirada porque me sacó corriendo de la cama y me metió en el coche. Ella en camisón y yo en pijama. Por la autopista hasta el hospital. Me había roto el brazo de cuajo, por la mitad. A partir de entonces mi madre y yo llegamos a un pacto no escrito: yo nunca más volvería a llorar sin motivo y ella nunca más volvería a ignorarme, y menos delante de invitados.

Otra de las obsesiones de mi madre, aparte de que fuéramos a misa los domingos, estudiáramos una carrera y ahorráramos constantemente, era apuntarnos a cualquier actividad extraescolar. La que fuera. Lo mismo daba catequesis que piano, teatro que coro, esgrima que clases de chino. Lo del piano era un requisito indispensable, ahí no había negociación posible. Los cuatro hermanos tuvimos una profesora durante años, y no había día en que no tuviéramos la obligación de sentarnos en aquel piano de pared que había en el comedor para ensayar una y otra vez odiosas partituras de estudios y escalas, monótonas a más no poder. Mrs. Bowers, la profesora, era además de las que daban clase a la antigua usanza, con la regla de madera en la mano, y cuando la fallabas en una nota, ¡zas! Puede parecer la clásica anécdota inventada, pero creedme que mis manos y yo damos fe de lo duro que fue aprender a tocar el

piano. Por supuesto, no aprendí nada y después de tantos años de clase, si me pidieran ahora que tocara el cumpleaños feliz, tardaría tres días en sacar las notas.

Por supuesto, también nos apuntaron a los Boy Scouts of America. Allí estuve «alistado» desde los siete hasta los dieciocho años. Y la verdad, tampoco me flipó mucho el plan. Lo pasábamos bien con las excursiones y las acampadas en el monte, pero yo siempre fui un niño más bien reservado a la hora de relacionarme con desconocidos y nunca terminé de integrarme con los *scouts* de otras ciudades. No sé, simplemente no encajaba. Más divertido fue cuando me apuntaron a los Indian Guides, que era como los *scouts* pero disfrazados de indios. El objetivo era aprender el modo de vida tradicional de las comunidades indias, y para ello nos ponían su ropa, nos enseñaban a tocar los tambores, a fabricar arcos y flechas... El problema fue que los monitores eran blancos de los pies a la cabeza, sin rastro indio en su sangre, y aquello terminó siendo poco más que jugar a indios y vaqueros. Rigor histórico cero. Al poco tiempo mandaron cerrar esas escuelas por irrespetuosas con la comunidad india.